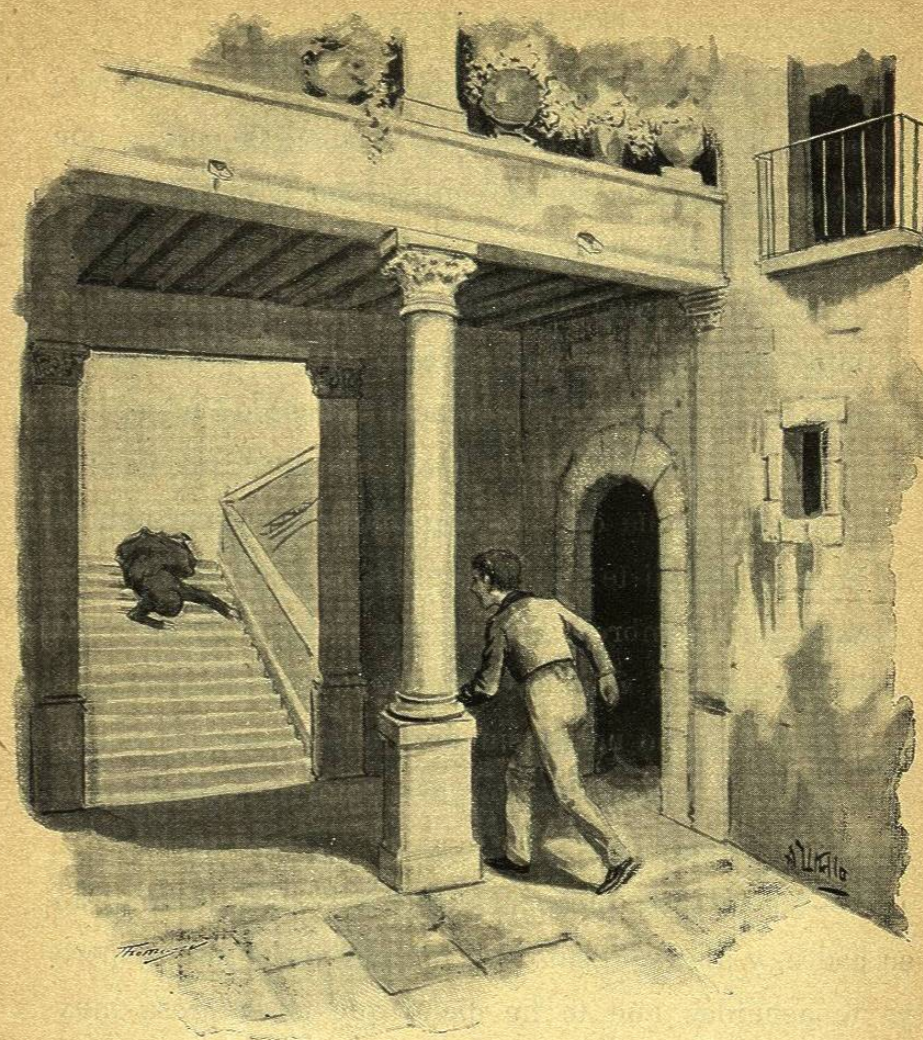
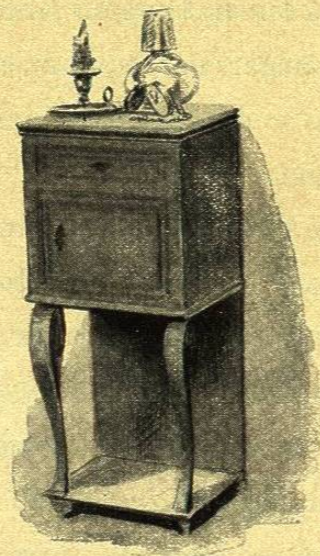


sea fiesta, y cuando no las hay, ella las hace con cualquier motivo, como esta noche. ¡Eh! ¡quiera Dios, quiera Dios que nuestra sobrina no apetezca algún día lo que esta noche ha tirado su madre!

Con estas conversaciones llegamos á casa, se dispuso la cena, cenamos, y nos fuimos á recoger hasta otro día.



CAPÍTULO XXVI

En el que continúa el coronel instruyendo á su hija acerca del matrimonio

Así como el labrador arroja sobre la tierra fértil su semilla, complacido con la esperanza de recibir frutos sazonados y abundantes, así el coronel no regateaba á su hija sus instrucciones, asegurado de que su dócil cora-

zón las recibía con la misma bella disposición que recibe el campo las primeras lluvias del verano. De suerte, que tanto gusto tenía el coronel en enseñar á su hija, como ésta en recibir sus lecciones.

Un día, estando todos conversando sobremesa, se tocó el punto de la malicia de los hombres que engañan con apariencias de verdad. Al momento se acordó Pudenciana de una promesa que le había hecho su padre, y le dijo:

—Papá, el día que nos convidaron para las honras de Pamela me dijiste que me darías algunas reglas para conocer á los hombres, las que me serían muy útiles en el discurso de mi vida. Se han pasado ya algunos días y no me has dicho nada; sin duda que se te ha olvidado; pero ahora te lo acuerdo, porque no quiero quedarme sin saber esas reglas.

—Haces muy bien de querer saberlas, le contestó su padre, y ahora mismo te cumpliré mi promesa; pero ya te acuerdas que te he dicho que es empresa muy dificultosa el señalar estas reglas, por el estudio que los hombres ponen en disfrazarse, y que sólo un largo trato con ellos puede quitarles las máscaras y manifestárnoslos tales como ellos son; pero esta prueba, aunque es la mejor, no es la más segura para una niña recatada, que debe huir todo trato y familiaridad con los hombres, mientras no salga de la patria potestad para el estado del matrimonio.

En esta inteligencia, las reglas que te daré serán comunes y sencillas, y por lo mismo fáciles de aplicarlas cuando quieras. Atiende: En cuatro clases puedes dividir á los hombres, y, en efecto, me parece que no se dividen en más ni en menos, sino que cualquier hombre entra en alguna de ellas precisamente.

Primera clase. *Hombres de buen corazón y mala cabeza.*

Segunda. *Hombres de buena cabeza y mal corazón.*

Tercera. *Hombres de mal corazón y mala cabeza.*

Cuarta. *Hombres de buena cabeza y buen corazón.*

Analizaremos estas clases, dándote algunas señales de cada una, para que conozcas los hombres, según á la que pertenezcan.

PRIMERA CLASE

Hombres de buen corazón y mala cabeza

A esta clase pertenecen aquellos cuyo corazón está dispuesto á hacer bien; pero muchas veces hacen mal por ignorancia, creyendo que obran con arreglo á la justicia. Su corazón está animado de deseos de acertar; pero su entendimiento, atolondrado ó falto de la instrucción necesaria, concibe el mal como bien, y de aquí se sigue que á cada paso incurren en los errores que quieren evitar. Esos hombres son malos para superiores,

porque se encaprichan, siguen el error, y apenas alguna vez y con mucha dificultad se logra que varíen de dictamen, sujetándose á un consejo prudente. Son malos estos hombres, como he dicho; pero son malos sin voluntad de serlo, sino por ignorancia, y por lo mismo merecen alguna disculpa. Peores son los de la

SEGUNDA CLASE

Hombres de buena cabeza y mal corazón

Estos son aquellos que tienen bastante talento é instrucción; pero al mismo tiempo un corazón emponzoñado y muy á propósito de cometer un delito, siempre que conciben que de él les puede resultar alguna satisfacción ó conveniencia. Por lo general, estos hombres son egoístas, intrigantes, interesables y perversos. Ninguna disculpa merecen, ni en el tribunal de su conciencia misma, que incesantemente les acusa y les reprende su proceder inicuo. Estos son malos para superiores, para compañeros, para amigos y para todo.

TERCERA CLASE

Hombres de mal corazón y mala cabeza

Estos son los monstruos más intolerables de la especie humana. Necios y con pésimas inclinaciones,

apenas harán un bien por accidente, siendo el peor la gran dificultad que tienen de enmendarse, pues ciegos y contentos con su torpe ignorancia, están casi físicamente impedidos de conocer su triste situación. Dije *casi*, para excusarles la disculpa moral, si la quisieran alegar. El hombre siempre tiene el camino abierto para salir del error, como quiera; pero los que están bien hallados con él jamás preguntan si aciertan ó yerran, por más que les remuerda su conciencia; y he aquí la ignorancia que no tiene disculpa, porque se puede vencer si se quiere. Mas estos necios y perversos de que hablo, no tienen ni quieren tener otro maestro que su capricho. De consiguiente, como necios adoptan las más detestables ideas, y como perversos las ejecutan siempre que pueden, y Dios nos libre de estar sujetos á esta clase de malvados con poder.

CUARTA CLASE

Hombres de buen corazón y buena cabeza

Ningunas alabanzas serán desmedidas en obsequio de los que corresponden á esta clase. Por el contrario de los anteriores, siempre piensan bien y obran mejor. Su entendimiento dócil é ilustrado les hace conocer la maldad y la virtud, y su voluntad bien dirigida los incita á detestar aquélla y abrazar ésta. Y ¿quién dudará que